

La ventana

Juan Tunes Alonso

R. F. D. 2

Buñón 351

Ponce, P. R.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PR

Acto primero

Una casa pobre de la costa. En el centro del escenario, y con una ventana que da al mar, hay una cocina-comedor. Sobre ésta, un plano escénico. Se observan a la derecha tanques y tubos. A la izquierda una celda con indicios de aislamiento y podredumbre.

Cuando sube el telón, una luz tenue penetra en el referido último lugar en el que se encuentra un hombre como de 25 años. Está sentado y denota una actitud intensamente reflexiva. Camina unos segundos. Su vigor físico es notable. La luz desaparece y una normal ilumina la cocina-comedor. Es de noche. Doña Consuelo prepara café. Hay cierto cansancio en sus gestos y en rostro de 45 años. Frente a la ventana, mirando hacia el mar, Hiram. Más o menos de la misma edad que ella, pero su fuerza se aprecia al instante. A juzgar por su ropa, parece que va de pesca.

Al poner en la mesa el café de Hiram, entra Alfonso, al que se había observado meditabundo. Viste normalmente. Doña Consuelo se sienta.

Alfonso

(Mirando a Hiram mientras se le va acercando) ¿Van a salir esta noche?

Hiram

(Cambia la cara y luego vuelve a mirar el mar.) Sí, vamos de cala. Nos han encargado chillo. Y la noche como que promete suerte. A lo mejor encontramos algo que valga la pena. Quiero decir, algo que le interese a nuestros compradores. Ya tú sabes lo afrentaos que son. No se arriesgan como nosotros y se lo ganan todo.

Alfonso

Tienes razón en cuanto a la noche: está muy bonita. Hasta todas las luces del puerto parecen cantar una alegría que no da su frente. (Se oye una música mortuoria). Pero otra es la realidad. Tú la sabes.

De todos modos, ojalá que puedan traer algo. A la verdad que cada día es más difícil. Ir mar afuera...(Se queda pensando.)

Hiram

(Viene a sentarse junto a la mesa, pero sigue mirando hacia la ventana.) Es cierto, Alfonso. ¡Qué más nos resta si no vamos mar afuera! (Termina la música.)

Alfonso

(Permanece frente a la ventana apoyado en ella y mirando hacia el mar.) Cuando se quedaban cerca de la orilla...(Parece divagar.) Entonces yo tendría 12 ó 13 años. Cuando las yolas llegaban, los niños y hasta la gente grande se les acercaban. (Ahora habla como un niño.) ¡Qué muchos cogieron y qué grandes! (Se baja como si se asomara a una yola.) Déme uno pa llevárselo a mami. ¿Y está hondo allá, Caraballo? ¿Cuándo voy con usted, padrino? (Ahora imita a un pescador.) Toma éste, pero límpiame esos mocos y súbete los calzones. Adiós, muchachos. Con esta venta a lo mejor completo para el motor. (Cambia de posición y mira a Hiram. Vuelve a su voz natural.) Sí, todo era un acontecimiento. Porque también se podía ir por toda la orilla sin miedo a que un marino engañara tanto niño que empezaba a ser hombre con una aguja para el antebrazo. Y las niñas que empezaban a echar pezoncitos no eran derribadas por uno de ellos detrás de una palma. Todo era tan distinto. (Nostálgico.) Todos los pescadores vivían porque daba para todos. Sí, para todos...(Mira hacia el mar y agarra fuertemente la ventana.)

Hiram

(También nostálgico) ¡Qué tiempos aquéllos! Yo había llegado como para el 51. Y llegué como todo el que es desplazado por la necesidad: con deseos de echar pa adelante. No había podido soportar la agonía de mi barrio. Cuando toda la montaña empezaba a ser cadáver, cogí mis motetes para buscar algo que tuviera vida...

(En este momento la cocina-comedor se oscurece. Entran al plano superior al

escenario varios hombres vestidos con tunicas blancas. Hay uno de pie que habla autoritariamente. El resto permanece arrodillado como si suplicara. Empieza a oírse una música de triunfo por una batalla.)

El que está de pie

Los viejos siglos me han traído porque la vida no ha encontrado su camino. Vengo con una encomienda del Señor. Con su inspiración y mi fe he abierto los mares nuevamente.

Primer hombre

Yo llegué primero.

Segundo hombre

Pero debemos distribuirlo entre todos.

El que está de pie

Él quiere que los siembre de algo distinto. Para vosotros traigo mi túnica repleta de peces y panes. (Empieza a repartir y todos extienden las manos.)

Tercer hombre

(Se dirige a uno de los arrodillados.) Pero yo tengo más hijos que tú y ellos también comen.

El que está de pie

Habrá para todos. La fe que tengan os salvará para siempre.

Primer hombre

Ahora mismo nos zambulliremos juntos.

Segundo hombre

Construiremos la nueva ciudad.

(Le besan la túnica. Se oscurece el el plano y la música cesa. Ahora los tanques y tubos se iluminan intensamente. Aparece un hombre con sombrero de paja, camisa de manga larga y botas. Trae una azada. Empieza a desyerbar sus alrededores. En ese lapso de tiempo se oyen voces fuera del escenario.)

Voz primera

Es que ya no da nada. Además, con tres días de trabajo no da ni para la compra.

Voz segunda

Que la corte el que la sembró. Ni por ajuste vale la pena aguantar los abayaldes.

Voz tercera

Ya no hay nada para cortar. A los dueños les deja más vendiendo la tierra para cemento.

Voz cuarta

Yo vengo de lejos y necesito comprar un carro. ¡Bendito, aunque sea pico y pala!

Voz quinta

El que anda a pie no vale na. Si hay un levante, no se puede hacer. Yo llegaré a "foreman" cueste lo que cueste.

(Sale el hombre. Baja la iluminación sobre los tanques y tubos hasta dejar una tenue. La luz normal vuelve a la cocina-comedor.)

Hiram

...Y ya ves, dondequiera es lo mismo. Poco a poco nos van quitando la vida. (Alfonso se vira hacia él.)

Doña Consuelo

Pero usted no se puede quejar. Fue bienvenido entre nosotros. Ya ve usted cómo lo quieren aquí en la playa. Nunca lo han abandonado.

Hiram

Sí, es cierto. Me ofrecieron su amistad tan pronto llegué. Había llegado prácticamente destruido. Era como si estuviera solo: mi madre estaba muy achacosa y ya mi padre no existía para que la atendiera. Pero habían pasado casi 14 años desde su muerte y esos duros años me enseñaron a ser hombre. Después de su muerte, seguí yendo a la escuela. Siempre me gustó estudiar. Al mismo tiempo me echaba el latón y la leña al hombro. Atendía los animales. Para luego ir y regresar a pie a la escuela. (Ahora reconstruye escenas de niño.) ¡No se roben las que-nepas! ¡No se roben la caña! ¡Por qué me da con esa caña? ¡Por qué se afrentao? ¡Una caña no lo va a ser más rico! Mire a ver, señor, ¿darán estos dos chavos pa ese dulce?

(Aparecen ahora, en el plano superior al escenario, una maestra y un adolescente. Se oscurece la cocina-comedor.)

Maestra

Somos muy pobres. No tenemos recursos. Sólo caña, café y tabaco. Además, somos muy pequeños.

(El plano se oscurece. Vuelve la luz normal a la cocina-comedor.)

Doña Consuelo

No hable sobre eso, Don Hiram. ¡Por favor! Le va a dar cuerda a Alfonso y usted sabe que es una marejía. Y si Pedro entra ahora, se va a poner a discutir con él.

Alfonso

(Dirigiéndose a Hiram) No le hagas caso. Siempre se pone así. Es parte del miedo que le han transmitido. Y sin embargo, sus padres

eran de Lares. Pero se vinieron para aquí. (Se acerca a la mesa.)

(Se ilumina nuevamente, pero con una luz tenue, como si fuera de noche, el plano superior al escenario. La cocina-comedor se oscurece. Entra un matrimonio joven con paquetes en las manos. Se oyen disparos y una música de batalla.)

El

Aprovechemos esta noche para salvar el pellejo. Nos pueden arrestar.

Ella

No se sabe todavía quién gane. Pero es verdad. Comoquiera estemos mal. Si los de aquí ganan, nos perseguirán por no haberlos ayudado. (El plano queda a oscuras. Vuelve la luz normal a la cocina-comedor.)

Alfonso

Me lo imagino bien. Cuando el corazón de Parrilla se negaba a morir, sus padres latían de miedo (Se arrodilla.) y cogieron el monte. Pero a mí no me llegará esa herencia. (Se pone de pie.)

Hiram

A mí tampoco. Desde pequeño le metí el pecho a los golpes de la vida. (Se levanta, va hasta la ventana y se apoya en ella.) Cuando murió mi padre, el golpe fue muy fuerte. Por poco también muero. Me salvé de milagro. (De aquí en adelante Doña Consuelo se mostrará intranquila: caminará de un lado a otro, pero sin acercarse a la ventana.) Fue entonces cuando empecé a comprender cómo somos golpeados por los absurdos de esta vida. ¡Con qué orgullo y satisfacción de espíritu y de conciencia acompañé a mi padre aquella mañana! Eso era parte

de mis primeros entusiasmos. Ver cientos de padres y madres y niños buscando la esperanza, la auténtica vida, tenía que estremecer las primeras fibras de amor a la tierra que muchos llevamos muy adentro; pero ^{que} otros las dejan podrir.

Doña Consuelo

(Nerviosa) No se torture con esos recuerdos, Don Hiram.

Alfonso

Yo he tenido varios momentos en que se han estremecido esas fibras. Y también he estado cerca de la muerte.

Doña Consuelo

(Angustiada) Por favor, Alfonso, eso sí que no. Me siento culpable.

Alfonso

Siempre me dices así. ¿Y qué quieres, que tratamos de borrar algo que siempre estará en nuestras mentes? Recuerda cuando no recibías carta mía desde aquel infierno. Era que estaba cerca de la muerte. ¿Cómo te pusiste? Lloras que te llora, pero nunca maldijiste a quienes tenían la culpa de todo aquello. (Se muerde los labios mientras va acercándose a Hiram.)

Hiram

Y aquella mañana quedó demostrado quiénes tenían la culpa de todo. Y me sentí grande aquella mañana. Era una mañana en que se honraban varios sentimientos. Unos lo de allá arriba (Señala hacia el techo.) y nosotros lo nuestro aquí en la tierra. Pero vinieron también los que honran el odio. Quizá los mismos que al levantarse habían cogido sus ramos hipócritamente para dejarlos colgados en una imagen del diablo. (Se tira al piso y reconstruye escenas de la muerte de su padre. Se oyen disparos, gritos de mujeres y niños.) ¡Padre! ¡Padre! ¿Dónde estás? (Se mueve hacia otro lado y se arrodilla como si estuviera frente al cadáver.) ¡Asesinos! ¡Lo han matado! (Se arrastra hasta la pared

donde está la ventana. Agarrándose un costado, escribe en la pared. La luz sobre Hiram va de violeta a roja. Termina de escribir, se incorpora, agarra fuertemente la ventana y mira hacia el mar.)

Alfonso

Mi poca conciencia me asesinó aquella vez. Y ella tampoco me ayudó con un estímulo a vencer mi indecisión. Sólo lloraba y decía que me prefería muerto, pero no en la cárcel. Porque muerto era por la patria y en la cárcel era un desprestigio para la familia. Y mi padre tampoco me ayudó. Estaba más destruido. Pasaba horas y horas tragándose la lejanía. Como buscando allí la pesca de otros tiempos. Tuve que ir. Si hubiera tenido conciencia, no me hubiera importado la pena de mi padre ni el llanto de mi madre.

Hiram

La lejanía de mi padre era para siempre. Lloré largamente, pero mi llanto se contuvo cuando vi a aquel sacrificado escribiendo "asesinos" con el tintero de su sangre. Y ése ha sido el más grande estímulo de mi vida.

Alfonso

Yo también tuve mi costado. Sin embargo, no pude escribir "asesinos de la vida". Y eso, que perdí sangre de más para hacerlo, pero el conocimiento no resistió. Mira, éstas son las marcas de ese infierno. (Se sube la camisa y le enseña.) Pero estas heridas no son las que más me han dolido. Tampoco son las que más recuerdo. (Ahora, por medio de una película, se ven las escenas que va a mencionar.) Son las escenas de vientres malparidos por "napalm", de niños huérfanos por la fuerza o de niños tirados en cunetas con las cabezas por un lado y los brazos por otro. Luego los oficiales... (Actúa como un oficial del ejército) Ja, Ja, Ja. Quémenle los ranchos y maten a todo el mundo. (Se oyen disparos y voces.)

Voz Primera

No podemos dejar que caiga en sus manos. Es nuestro orgullo.

Voz Segunda

Ya han luchado contra dos. A éstos también los vencerán.
(Cesan los disparos.)

Alfonso

...¡Con las balas y el fuego comiéndose el techo de su pueblo! Pero hay una diferencia con nosotros: allí hasta las mujeres y los niños cargan un fusil para vencer el hambre y el atropello. ¡Y todavía quieren que no recordemos, Hiram! ¡Todavía pretenden que no recordemos!

Doña Consuelo

Por favor, Alfonso. Mira que me duele el pecho. Pedro está por terminar y tú sabes lo que siempre pasa.

Alfonso

Vete a acostarte, mami. El médico te ha repetido que no te agites.

Hiram

Es cierto, Doña Consuelo. Le puede hacer daño agitarse.

Alfonso

Es lo que ellos nos han dejado: la posibilidad de hacer daño con los recuerdos. Les hacemos daño a otros y nos hacemos daño nosotros mismos. (Dirigiéndose ahora a Doña Consuelo.) A ti, vieja, te hacen daño esos recuerdos y te sientes culpable y crees morir de sufrimiento. Pero son otros los que te quieren matar a sufrimientos y no quieres darte cuenta. Esos son los que traen la marejía.

(En este momento adquieren luz intensa los tanques y tubos. La cocina-comedor se oscurece. Entra el mismo hombre con

sombrero de paja, camisa de manga larga y botas. Esta vez trae un latón y empieza a regar abono alrededor de los tanques. Mientras lo hace, se oyen varias voces fuera del escenario.)

Voz Primera

No hay qué temer. Habrá trabajo para toda la vida. Con las ventajas que les estamos dando, seguirán viniendo a nuestra tierra.

Voz Segunda

Toda la zona se levantará de la pobreza. No se puede pensar como en el siglo 19. Es que la tierra ya no da nada.

Voz Tercera

Aprovechen, son muchas. Cualquiera de ellas ^{las} dirá que sí.
(Sale el hombre. Una luz tenue se quedará sobre los tanques y tubos. La normal vuelve a la cocina-comedor. Ahora se oye la voz de Pedro fuera de la casa.)

Pedro

Consuelo, dile a Hiram que ya mismo termino.
(Doña Consuelo sale hacia donde oye la voz.)

Hiram

(Hablando hacia afuera y alejándose luego de la ventana.) Cógelo con calma. Todavía es temprano. (Se sienta.) Sí, es cierto, Alfonso. No quieren que recordemos. Pero es imposible olvidar cuando día a día ellos reviven las mismas historias. Fíjate, 13 años después que muriera mi padre, mi barrio volvía a llenarse de luto. (Suenan disparos.) Pero aquella nueva muerte también significaba vida porque allí se honraron y

vengaron todos los que habían muerto junto a él. Yo participé de aquella mañana de honra y de venganza. No sé si llegué a matar a alguien. Si fue así, me alegro profundamente. Tuve que coger el monte y no fue por miedo. En hombres y en armas nos ganaban; en nada más. Esa ventaja nos restó combatientes.

(Entra Pedro. Demuestra tener unos 50 años de edad, pero de evidente fortaleza física. Hiram mira a Pedro y luego a Alfonso. Pedro se sirve una taza de café. Va hasta la mesa y toma asiento.)

Pedro

(Dirigiéndose a Alfonso.) Siempre con lo mismo. No sabes hablar de otra cosa. Después te quejas de que no te dan trabajo. ¡Qué diablos!, si te pasas hablando malo de los que te pueden dar trabajo. Yo lo que te digo es que por lo menos te aguantas en lo que consigues. Si no sigues mis consejos, te veo cortando caña con todo y tus años de Universidad. (Dirigiéndose inmediatamente a Hiram, sin esperar respuesta de Alfonso.) Hiram, ¿ya salió el resto?

Hiram

Sí, salieron seis en dos yolas como a las 7:00 de la noche. *(Empieza a tomarse su café.)*

Alfonso

(Quien no ha parecido escuchar lo que anteriormente le ha dicho su padre. Se dirige a Hiram, aunque mira de soslayo a su padre.) Que a lo mejor *ya* vienen vacías. Poco a poco se van acabando los lances.

Pedro

¿Ves? Es verdad, no coges consejos. ¿No puedes hablar de otra cosa?

Alfonso

(Algo indignado.) ¿De qué quieres que hablemos gente sufrienda como Hiram y yo? ¿De los últimos modelos de carros, o de Fulano, el que dejó la escuela para buscar trabajo con el propósito de comprarse un carro y chillar gomas y sonar mofles y que luego dejó la vida en un palo? ¿O quieres que hablemos de esas cosas enormes a lo largo de la carretera y de los bailes con que las inauguran mientras hay miles con ventanas como la nuestra? Ya estamos cansados de tanta mierda que nos meten por boca, oídos y nariz. Hay que hablar del dolor y de los momentos de sangre con que se ha intentado vencerlo, (Se dirige a Hiram.) ¿verdad, Hiram? (Este asiente.)

Pedro

Hiram sí ha sufrido, pero tú... (Hace gestos de desaprobación con la cara.) Tú haces sufrir a otros. Mira como está tu madre. Siempre nerviosa por tus locas. Cada palabra que dices es un disgusto para ella. Y ahora con ese pequeño niño que Dios te ha dado, que pudiera ser alegría para ella y sólo es más sufrimiento...

(Se oscurece la cocina-comedor. En el plano superior al escenario se ve entrar a Doña Consuelo con un niño en los brazos.)

Doña Consuelo

Tú no saldrás a él, ¿verdad corazón? Vas a ser bueno como tus abuelos y no como toda esa gente mala.

(La luz en el plano se extingue. Vuelve la cocina-comedor a recobrarla.)

Pedro

...porque ella cree que te va a pasar algo y vas a dejar huérfano al nene. A veces cree que lo pueden matar también y tú sabes cómo lo

Alfonso

Es el miedo que le han transmitido, y tú, papi, has ayudado mucho. Cuando yo estaba en la Escuela Superior, te pasabas diciéndole que un día me iban a arrestar porque hasta discutía con los maestros. Ponte tú en mi lugar a ver si no le hubieras partido la cara a uno de ellos con tanta barbaridad que dicen sobre los hombres que se han fajado por esta tierra. Pero tú no podrías ponerte en mi lugar. Es mucho pedirte. El día que me arrestaron aquel inolvidable 23... (Actúa como si discutiera y peleara con un estudiante.) Mira so infeliz, vete al carajo con esa bandera. Respeta la gloria de este día. (Coge por el cuello a su padre, imita el desgarramiento de una bandera. Vuelve a su voz natural mientras va hasta la ventana.) En 23 pedazos quedó su bandera. Luego, cuando cogieron mis huellas digitales en la cárcel, con eso le metiste miedo a mi madre. Y todavía dices que no he sufrido.

Pedro

Habla de sufrimiento cuando sepas lo que es sudar un peso. Nunca me has ayudado ni a fondear una nasa. Yo sí que he sufrido y por eso quiero más a esta tierra que tú. Ustedes lo que quieren es acabar con la paz que siempre hemos tenido.

(Nuevamente adquieren luz intensa los tanques y tubos. La cocina-comedor se oscurece. Entra el hombre del sombrero de paja, camisa de manga larga y botas. Trae una regadora y una azada. Hace unos canales alrededor de los tanques y los echa agua. Mientras esto ocurre, se oyen voces fuera del escenario y parte de la canción "Ahora seremos felices", de Rafael Hernández, en boca del pueblo.)

Voz Primera

Ahora tendré mi casita de cemento. Son muchos años de trabajo.

Voz Segunda

Ahora no me ajorarán en la tienda. Pagaré semanalmente.

(Cesa la canción. Sale el hombre.
La cocina-comedor adquiere luz normal.
Sobre los tanques y tubos permanecerá
una leve.)

Alfonso

Sí, queremos acabar con la paz de unos pocos y dársela a los muchos que no la tienen. Pero tú no crees en nuestra sinceridad. (Se dirige a Hiram.) A la verdad que no comprendo, si sientes lo mismo que yo, cómo han estado tanto tiempo juntos sin enojarse. Porque quizá todas esas equivocaciones te las dice también.

Hiram

Así son las cosas. A pesar de nuestras diferencias, somos como hermanos. Cuando llegué a esta playa, él fue mi primer sostén. Y cuando lo vi desafiar los burros de mar en Ventana, un día que sólo paseábamos y el viento nos arrastró hasta allí, me di cuenta que estaba ante un buen hombre. (Pedro baja la cabeza.) Le puse de apodo Ventana. Desde aquel momento empezó a enseñarme muchos secretos de la mar. Y eso, que era cuando no teníamos que salir muy lejos como ahora. Por tales razones permanezco a su lado, Alfonso. Hasta que dejamos la vida en la furia de una ola. (Alfonso se apoya en la ventana y mira hacia el mar.)

Alfonso

Y en todo este tiempo (Se dirige a su padre en tono de lamento, mirándolo.) junto a Hiram, ¿no te has dado cuenta (Pedro levanta la cabeza.) de nada? Es que no hay ojos ni narices ni oídos. Sólo manos. (Dirigiéndose a Hiram.) El apodo no le viene bien, Hiram. Porque no se da cuenta cómo, por esta ventana, los peces brincan de rabia al faltarle el oxígeno y la comida... para luego caer ahogados en el llanto de la mesa.

Pedro

Vámonos ya, Hiram. No quiero hacerle caso a locos. **A** Alfonso le cree que con poesía va a convencer al pueblo. No es hablándole de peste y ruidos (Se dirige a **A**lfonso.); es hablándole de billetes. (Hiram y Pedro se levantan.)

(Quedana oscuras la cocina-comedor. Aparecen, en el plano superior al escenario, el mismo hombre de túnica blanca y varios obreros. **Él**, que está de pie, reparte objetos a los demás, que permanecen arrodillados. La música es intensamente alegre.)

El que está de pie

He creído prudente abrir también la tierra para que mi pueblo conviva con **Vosotros**. Podrán sacar juntos toda clase de oro a base de encomiendas. Habrá un premio: el bautismo; y como profeta os digo que el reino de los cielos será de vosotros.

Un arrodillado

Aunque suframos acá, allá será lo bueno.

Otro arrodillado

Tendremos vida eterna.

(En este instante el plano se oscurece. Ahora una luz tenue se posa en la cocina-comedor e inmediatamente entra por la ventana un golpetazo de agua sucia que cae en la mesa. La anterior música se torna mortuoria. Alfonso ensucia su mano derecha y se dirige hacia su padre.)

Alfonso

(Indignado.) Mira la poesía de este loco. (Le enseña la mano.)

(En este momento aparecen dos pescadores en la puerta: mojados, denotando cansancio, asombro, tristeza... Uno de ellos trae a otro sobre sus hombros al que pone en el piso. Por sus gestos se intuye que está muerto. Alfonso, Pedro e Hiram los miran con asombro y luego ~~se miran~~ a sí mismos. El telón empieza a bajar cuando Alfonso exclama...)

Alfonso

¡Es el segundo, papi! ¡Es el segundo!

Alfonso

Quiero decir que ese muchacho al que te ayudaste a vencer el odio que sintió por el maestro, tenía hasta más razón para odiarte que el otro, ¿verdad?

Hiram

Le era exactamente que tuviera más razón... porque de hecho nadie tiene razón en ese sentido. Era que había perdido su ~~alma~~ ^{palco} por los rictos que le hizo el "Flaco Uchido" en los pulmones...

(Se ilumina el plano superior al escenario. La cocina-comedor queda a oscuras. Aparecen Pedro, Consuelo y un niño como de diez años. El niño en que estábamos en cuarto. Por la ventana de éste se observa una palma algo alejada de la casa. La luz empieza a languidecer hasta simular la noche. Pedro, vestido de policía, le pasa la mano por la cabeza al niño.)

Pedro

(Hablándole al niño) Sí, mañana te llevo a pasear. Acuéstate, que es tarde. Un besito a papi. (Se besan.)

Niño

Papi, yo quiero pa Reyes un revólver y una ropa como la tuya.
(Sale)

Pedro

Nena, pasado mañana iremos a una conferencia que va dar el teniente sobre el peligro del nacionalismo. (Le da un beso y sale.)

(Por unos segundos la luz en el plano se extingue para indicar que han transcurrido varias horas. Cuando la recobra, Doña Consuelo va de un lado a otro del cuarto. Suenan disparos. Entra el niño y se abraza a su madre.)

Niño

¿Qué es eso, mami?

Doña Consuelo

No sé, parecen disparos.

Niño

¿Por qué? ¿Dónde está papi?

Doña Consuelo

Lo llamaron a trabajar de nuevo.

Niño

¿Por qué, si él trabaja de día? ¡Yo quiero que venga papi! ¡Tengo miedo, mami, tengo miedo! (Se abraza más a ella.)

(Se oscurece el plano y cesan los disparos. La luz normal vuelve a la cocina-comedor.)

Hiran

... Tal parece que vivía muy apegado al padre. Cuando el muchacho empezó a crecer, la madre se convirtió en una cantaleta diaria. Ya debes imaginarte cómo iba creciendo el odio.

(Vuelve a iluminarse el plano superior al escenario. Queda a oscuras la cocina-comedor. El mismo cuarto, de día. Aparecen la madre y el muchacho, ahora como de 17 años de edad.)

Dofia Consuelo

(Enseñándole un periódico) ¡Mira este periódico bien, hijo, míralo bien! Ahí están esos asesinos, los que derramaron sangre entre hermanos. El que está en el medio era el líder; el que mandaba, pero no iba.

(La luz languidece hasta simular la noche.)

Dofia Consuelo

Mira Elías, esta noche ya vinieron a poner una corona. (Ahora una luz tenue va hacia la palma. Esta tiene una corona enganchada en uno de los rotos hechos por los disparos.) Cógela y rompela para que nadie se acuerde de mirarla.

(Elías camina hasta la palma. Mira a todos lados y quita la corona. La rompe y empieza a tapar los rotos con papel. El plano queda entonces a oscuras. La luz normal vuelve a la cocina-comedor.)

Alfonso

(Cerca de la ventana, sin apoyarse en ella, mirando a Hiram.)
Me imagino... Desde pequeño viviendo en un infierno donde la mente es obligada a que ^{pe} oscurezca. ¡Con cuántos ha pasado y pasa así!...

(Queda iluminado nuevamente el plano superior al escenario. Se oscurece la cocina-comedor. Doña Consuelo, vestida como una maestra, está rodeada de varios niños.)

Doña Consuelo

A ver, niños. Es hora de la clase de Historia. (Saca unas revistas y se las enseña.) Este fue el primer presidente. Nunca dijo una mentira. Este fue bueno con los negros. Todos éstos firmaron la Declaración de la Independencia.

Un Niño

¿Y quiénes firmaron la de nosotros, Misis?

Doña Consuelo

Nosotros tenemos algo mejor. Pregúntenle a sus padres.

Otro niño

¿Y por qué no podemos tener ésa que firmaron todos éstos (Señala hacia la revista.)

Doña Consuelo

Porque somos chiquitos y pobres. No tenemos recursos.

(Se oscurece el plano. Vuelve la luz normal a la cocina-comedor.)

Alfonso

...A veces pienso, Hiram, cómo sería yo ahora con tanta cosa que le endilgan a uno desde chiquito. Sin embargo, el golpe de la guerra

y los abusos contra los pobres en ella, el dolor de los pobres en este cantito de playa, lo que viví hace unos meses en la Universidad y todo lo demás que tú y yo sabemos, han puesto su piedrita para que no tenga una noche de tinieblas en mi mente. ¡A cuántos me gustaría sacar de las tinieblas! Porque aún hay muchos, Hiram, aún hay muchos viviendo en las tinieblas.

Hiram

A mí también me gustaría y siempre lo he intentado. Con ese muchacho al que le mataron el padre, yo puse mi piedrita pues siempre voy a mi barrio los 30 de octubre. Este año no pude, pero tú me sustituiste. El año antipasado fui uno de los que fueron a velar para que no se robaran la corona. Casi a las 12 de la noche sorprendí al muchacho cuando la desenganchaba. Lo agarré por el cuello para partirle la cara, pero cuando vi su cara de adolescente opté por averiguar por qué tenía aquella actitud hacia nuestro pequeño monumento natural. Me contó la muerte de su padre. Yo le dije entonces de la muerte de mi padre un Domingo de Ramos. Eso como que lo alivió. Luego no lo volví a ver, pero el año pasado, unos meses antes del 30 de octubre, lo encontré nuevamente. Quiso que lo llevara donde la gente de más edad en el barrio...

(Vuelve a iluminarse el plano superior al escenario. Aparecen dos hombres como de 60 años de edad cada uno. Hablan con el muchacho aludido y con Hiram. La cocina-comedor ha quedado a oscuras.)

Primer hombre

Mire joven, la confusión era grande y por eso a lo mejor le dirán cosas diferentes en todo el barrio. Sí, uno de los tres que murieron quizás lo haya matado. (El muchacho baja la cabeza.)

El muchacho (Elías)

El que fue, era un cobarde. (Levanta la cabeza)

Segundo hombre

Mire joven, nada de eso. Eran muy valientes. Por cada uno de ellos habían 10 policías y con mejores armas. Pelearon como machos, Dicen que "Ubilde" recibió 36 tiros (Se oyen disparos y algarabía.) y llegó a subir hasta arriba disparando y aguantando como un macho. (Actúa como si fuera Ubilde, con los brazos extendidos, tambaleándose y siempre hacia el frente hasta que cae.)

Elías

(Baja La cabeza.) ¿Y todo empezó por la madrugada, verdad?

Primer hombre

Sí, joven, como a las 4:00 de la madrugada. Era para más tarde, pero un "chota" los vio pasar el día antes hacia el monte, y al otro día ya los esperaban en la carretera.

Elías

¿Y por qué la palma tiene tantos rotos?

Segundo Hombre

(Quien se ha levantado) Pues porque a lo mejor la mayoría se los hizo la misma policía. Parece que estaban cagaos del miedo...Ahora la palma es famosa en el mundo entero.

Primer Hombre

(Hiram sale ahora para ir hasta la cocina-comedor.) Sí, era como si inconscientemente presintieran que traicionaban la historia. Aunque siempre mataron a tres.

(La luz en el plano se extingue mientras la cocina-comedor la recobra.)

Hiram

(Quien se ha sentado)...Y la gente de edad en el barrio le repitió las verdades que yo siempre buscaba probarle. Pero parece que él quería oír las porrboca de otros que no hubieron tomado parte. Eso también puso su piedrita. El mismo 30 de octubre lo encontré, pero esta vez velaba junto a otros. (Habla como Elías.) No, Don Hiram, no. Ahora velaré porque estos rotos siempre chorreen la sangre de "Ubilde", Ramos y Cortés. Ya las coronas no se irán de la palma. (Vuelve a su voz natural.) Me dijo entonces que en su propia carne se había hecho el cambio...

(Se ilumina nuevamente el plano superior al escenario. Hiram y Alfonso continuarán hablando. Aparecen, en el citado plano, varios jóvenes -hombres y mujeres-. Unas veces de pie, otras sentados; de acuerdo con lo que vayan diciendo Hiram y Alfonso.)

Hiram

...Ahí fue que empezó a comprender la verdadera misión que tenía su padre aquella pequeña mañana de libertad...

(Los jóvenes están de pie ahora. Marchan describiendo un círculo. Elías lo hace al lado del que parece líder.)

El líder

¡Queremos justicia!

Primer joven

¡Queremos mejores servicios médicos!

Segundo joven

¡Y mejores condiciones de trabajo!

(Salen los policías. Varios jóvenes cargan a dos mujeres. Los demás se dispersan. Se oye mucha algarabía. Al mismo tiempo empieza a verse humo. Suenan disparos.)

Alfonso

...Contestamos la agresión del gas y la macana con la piedra. (Recuerda a sus padres y actúa como ellos. Primero como su madre.) ¡No te juntes con esos bandidos, que te van a matar! (Ahora como el padre.) ¡Te voy a rajar la cabeza, so malagradecío! (Vuelve a su voz natural.) También con el fuego, pero en ese momento me faltó ánimo para acompañar a los muchachos. Ver el carro arder (En este momento se ve fuego.) sin contribuir...Me dio frío. El fuego de mi mente y de mi espíritu no lo convertía en fuego de mis manos. (Aprieta sus puños.) Luego envidié a los que lo hicieron. Pero de todos modos, Hiram, entré en la historia como ya tú lo has hecho...(Se oyen voces fuera del plano.)

Voz primera

No podemos dejar que esos mocosos campeen por sus respetos.

Voz segunda

Esto lo hizo el pueblo para que estudien.

(Se oscurece el plano.)

Alfonso

...Dos días antes honramos el 30 como se debía. Yo también me siento grande. He participado en pequeños momentos de honra y venganza. (Se sienta.)

Hiram

V Ventana. tu padre, dice que hemos entrado en el infierno. Que

Alfonso

No pierdo las esperanzas de que por lo menos comprenda por qué hemos entrado en la historia. Aunque no me comprenda en otras cosas.

Hiram

Será algo difícil, pero nada es imposible. Lo que pasa es que no se le va de la mente la parálisis de su primo-hermano. Si una buena bala hubiera acabado con él el 30 de octubre, quizá ya Pedro lo habría olvidado. Un día de éstos tengo ganas de mentirle y decirle que fui yo el que le dio el tiro.

Alfonso

Si le dices eso, se volvería loco. Recuerda que eres su mejor amigo. Según la gente, ese primo-hermano, cuando mi padre quedó huérfano, ayudó a toda la familia. Y el agradecimiento lo ciega para comprender muchísimas cosas más.

Hiram

Sin embargo, después de todo, nunca ha tenido malos sentimientos. Hay que ver cómo se porta con nosotros... Mar ~~afuera~~ fuera, donde la vida queda en un hilito, y acá, en tierra, es de lo mejor como compañero. Siempre está pendiente a cada uno de nosotros, especialmente de mí. Tú sabes mi debilidad. Aunque nunca me he arrañado así ~~porque~~ ^{porque} sí.

Alfonso

Hay que perdonarlo e insistir. Sus buenos sentimientos tienen que tener imán para añadir otros más puros y nobles.

Hiram

Claro que sí. Fíjate, hemos discutido y nunca me ha ofendido o se ha enojado. Sin embargo, yo lo he hecho y él siempre igual. Una vez lo cogí por el cuello en Ventana mismo. Por la mente me pasó tirarlo

por aquel risco. Pero recordé cuando él me había salvado de morir allí y volví a ser humano.

Alfonso

¿Era tan delicada la discusión? (Hiram se pone de pie y se acerca a la ventana.)

Hiram

Sí, me dijo algo que nunca se lo aguantaré a nadie porque para nosotros el Maestro es sagrado. Algo que muchos repiten por ahí porque de esa forma quieren sus carceleros que se diga. (Ahora actúa como Pedro: enérgico, manoteado en la cara de Alfonso.) Sí, eran valientes los de abajo, pero el líder mandaba y no iba. El que se negara a cumplir una orden suya lo mandaba a matar. Para colmo de la cobardía (Se tira al piso tapándose la cara. Hace gestos como si le faltara el aire. Saca una toalla.) se rindió tirando una toalla. (Vuelve a su voz natural.) ¡Y eso yo no lo puedo permitir, Alfonso, no lo puedo permitir! (Lo dice con ^{una} indignación combinada con casi un sollozo o lamento.) ¡Ni a la madre mía si viviera! (Se apoya en la ventana, la agarra fuertemente y mira hacia el mar.)

Alfonso

Son momentos en que uno se olvida de todo lo humano que llevamos adentro. Es que no podemos tolerar mentiras y burlas sobre nuestros héroes. Muchas veces he vivido eso mismo. Y más de una vez he cogido un cuello entre mis manos para quitarle una vida que no merece. Cuando no puedo satisfacer mi rabia, entonces busco desahogarme con ^{una} cagá en Dios que por lo menos me alivia.

(Se oscurece la cocina-comedor. El plano superior al escenario queda iluminado tenuemente. En él Doña Consuelo- un poco más joven- y Alfonso como de 8 años.)

Doña Consuelo

(Pasándole la mano por la cabeza.) Vamos a vestirte. Los niñitos buenos van a la iglesia con sus padres. Algún día serás como el cura.

Alfonso

¿Y podré ir al cielo?

Doña Consuelo

El señor premia a los que se portan bien. ¡Pórtate bien y verás!

Alfonso

¿Y por qué unos van y otros no, mamita?

(El plano se oscurece. Retorna la luz normal a la cocina-comedor.)

Hiram

Yo no maldigo como tú, pero tampoco pongo la otra mejilla. Creo en que hay algo superior. Lo que pasa es que tanto golpe que uno recibe endurece el corazón. A lo mejor ya estoy cambiando para acompañarte. A propósito, Alfonso, el Maestro, con tanto golpe, siempre ha mantenido su creencia. Recuerdo que reprendía inmediatamente a todo aquél que demostraba duda solamente. (Se oye el llanto de un niño.)

Alfonso

Es su único defecto. (Camina hasta la mesa y toma asiento.)

(Entra Doña Consuelo con un niño -como de un año- en los brazos.)

Doña Consuelo

Hijo, por eso es que no consigues trabajo. El que no cree, el que no tiene fe, no llega a ningún sitio. Mira qué prueba estás pasando. Y tendrás una más grande. ¿A quién quieres más, a la patria o a este

(Entra Mariana, la esposa de Alfonso.
Aparenta tener menos edad que éste.)

Mariana

¿Qué pasa conmigo, Doña Consuelo? (Como ésta parece no haberla oído, se dirige hacia Alfonso.) No discutas con ella, Alfonso. No le hagas caso. Tú sabes que no van a entender si le dices que queriendo más a la patria me quieres a mí y al nene.

Alfonso

Es cierto. (Se dirige a Doña Consuelo ahora.) Tú me cucas para después decir que yo no te considero. Pero esta vez no discutiré. Además, te puede hacer daño. De sobra lo sabes, nani. Y ya Mariana lo dijo: no me vas a entender si te digo que quiero más a la patria.

Doña Consuelo

Claro que no entiendo cosas de locos, Alfonso. En la Universidad te dañaron. Tú no eras así con nosotros (Se pone nostálgica y casi solloza.) Recuerdo lo obediente que eras con Pedro. Tenía entonces 10 años. Y antes ibas a la iglesia. Pero ya no vale la pena recordarte eso. Es machacar en hierro frío. Ya no volverás al de antes. Pero cuando tengas una prueba grande, no vengas apurado donde nosotros.

Mariana

Yo estaré siempre a su lado en todo y por todo. (Se dispone a coger al niño de los brazos de Doña Consuelo.)

Doña Consuelo

(Casi llorando y aún con el niño en los brazos.) Pero a este angelito déjenlo tranquilo. Húndansen ustedes, pero no lo hundan a él. (Mariana coge al niño. Doña Consuelo sale con los brazos tapándose los ojos.)

Mariana

Cuando él crezca y comprenda, le contestará.

Alfonso

Por favor, Mariana, evitemos. Ya sabes que estamos en su casa. Otra manera en que quieren arrinconarnos. (Sale Mariana. Se dirige ahora a Hiram.) Ya tú ves, Hiram. No quieren que uno sea como quiera ser. Pero no se puede culpar. Así es como ellos la han formado y así quieren que se quede. ¡Qué mucho nos duelen las creencias, Hiram, qué mucho nos duelen!

Hiram

Con el dolor a cuestas se madura mejor la conciencia. Porque así se requiere valor y sacrificio.

Alfonso

Sí, pero hay otras creencias que no. Las otras lo que requieren es ponerse la mano en el vientre (Se la pone.) y eso basta. Nosotros no podemos ser así. Por eso hay gente que dice que yo no soy de este siglo. ¡Qué ignorantes! Como si las creencias justas fueran propiedad de un siglo en particular. ¡Qué ignorantes! Si en todo siglo ha habido lo mismo; mente y barriga. Ahora sí, mis creencias sobre dioses a lo mejor son de otros siglos. Porque antes era mucho más bonito creer. Había más creación, más poder imaginativo, más autenticidad...; en fin, más poesía y más humanismo. Porque los dioses venían a convivir con el ser humano. Tenían defectos y virtudes. Sufrían y reían. (Desde que dice "Ahora sí...", en el plano superior al escenario, hay dos hombres que simulan ser dioses curando a un enfermo.) Ahora no. Las mentes están sujetas sólo a un dios...

(La cocina-comedor y el plano se oscurecen. De inmediato vuelve una luz tenue al plano donde se observa al mismo hombre de túnica blanca que apareció en el

acto primero. Lleva una tabla cuadrada en sus manos y camina como impaciente. Se oyen truenos.)

Voz del de la túnica

¡Seguíme, pueblo! Yo traigo la verdadera vida. (Alza la tabla sobre su cabeza.)

Voz del pueblo

(Fuera del plano.) Danos una prueba y te seguiremos. (Se oscurece el plano. La luz normal va a la cocina-comedor.)

Alfonso

...Y si uno lo cuestiona, es conceptuado como loco.

Hiram

Yo te comprendo. Aunque creo que a lo mejor hay algo poderoso que no podemos conocer como tú quisieras. (Se pone de pie y va hasta la ventana. Mira hacia afuera.) Pedro parece que va a tardar. Me voy.

Alfonso

¿Era muy urgente lo que tenías que decirle?

Hiram

No, no te apures. Vendré esta misma noche; un poco más tarde. Nos vemos. (Sale.)

(Alfonso se acerca a la ventana. Mira hacia el mar mientras la agarra fuertemente. En este momento la cocina-comedor se oscurece. Vuelve a iluminarse inmediatamente para indicar que han transcurrido unos cuantos minutos desde que Hiram se marchara. Aún Alfonso permanece junto a la ventana. Entra Pedro.)

Pedro

¿Qué te pasa, Alfonso? ¿En qué piensas?

Alfonso

Pensaba en Hiram y en su antiguo barrio. Pensaba en todos nosotros y en esta playa y sus habitantes... (Hace una pausa y lo mira.) Hiram estuvo esperándote hasta ahora. ¿No lo encontraste en el camino?

Pedro

No. ¿Te dijo para qué me quería?

Alfonso

No, y no quise preguntarle. Hablábamos de cosas más interesantes. (Recalca esta última frase.)

Pedro

(Quien parece no hacerle caso a la indirecta de Alfonso.) Yo me imagino de lo que quiere hablarme. Es que está preocupado por un rumor y quiere avisarme o preguntarme qué vamos a hacer. (Se sienta.)

Alfonso

¿De qué se trata, digo, si se puede saber?

Pedro

Hay un rumor de que Luis, el más joven de nosotros los pescadores..., tú sabes quien es..., trae en su yola a marinos dedicados a la droga, y como la detective está investigando, la gente dice que Luis nos va a acusar a todos para tratar de salvar su pellejo.

Alfonso

¡Qué fenómeno! Cada día las cosas que yo te digo, y que tú dices que son poesías de locos, se van haciendo realidad. Primero nuestras jóvenes con su vida tronchada y ahora veneno para la mente y el cuerpo.

¡qué mucho les gusta a todos esos abusadores, hijos de la gran puta y engreídos, que nuestras mentes vivan enfermas!

(Queda a oscuras la cocina-comedor. Aparecen, en el plano superior al escenario, el hombre de la túnica blanca y unos jóvenes arrodillados agarrándose el antebrazo. También se oirá una voz fuera del plano.)

El de la túnica

He traído cosas para todos los gustos. No quiero que nadie sufra de ansiedad. A la angustia hay que darle un escape. Tenemos remedio para todo.

Uno de los arrodillados

¡Demen más, que no muero! ¡Demen más!

Voz fuera del plano

Hay que meterlos a todos pa la cárcel, pero rómpanles la cara antes que na.

(La luz en el plano se extingue mientras la cocina-comedor la recobra.)

Pedro

Ya cogerán a los culpables. Es que tú eres muy apurado. Cógelo con calma.

Alfonso

Sí, con calma. Todo debe hacerse con calma. Mientras tanto, más mentes enfermas porque esos culpables son los que tienen conexiones. Mientras tanto, nombres bonitos para acabar con problemas que ellos ocasionan y desean que sigan siendo problemas porque son los que les llenan sus bolsillos. (Se note la mano en un bolsillo.) Ofensiva contra el Mal, Ofensiva para la Paz, Ofensiva contra la Pobreza.

quieren aprovecharse hasta de la poesía para engañar al pueblo. Y nadie se da cuenta, ¿verdad, viejo? Un día de estos crearán el Departamento de Legalización de Problemas (Ahora es muy irónico.) y así, de la noche a la mañana estaremos en el paraíso de la paz y la tranquilidad de los muchos billetes. Y muchos aplaudirán al noble y eficaz Departamento...

Pedro

Siempre con lo mismo. Te he dicho miles de veces que te perjudica. Como no quieres hacer caso, allá tú. Pero hoy no voy a discutir. Tú no admities que te abran los ojos. Hoy quiero darte una buena noticia...

(Ahora se ilumina el plano superior al escenario. La luz normal permanecerá en la cocina-comedor. Pedro y Alfonso continuarán hablando mientras en el citado plano se observa a un hombre de barbas largas en un pequeño laboratorio. Tiene tubos de ensayo en sus manos. Se oirán voces fuera del plano como si fueran su propia conciencia.)

Pedro

...Me han ofrecido trabajo en lo que tú combates...

Voz Primera

Déese prisa, siga buscando. No podemos perder tiempo. El mundo entero espera por esto.

Voz Segunda

Sí, lo necesitamos para dominarlo todo.

Pedro

...Y espero conseguirte trabajo con las conexiones que ya tengo.
(El alquimista vacía tubos y cocina pensativo.)

El alquimista

(Coge un tubo.) ¡Lo encontré! ¡Lo encontré! (Donde están los tanques y tubos se ve un resplandor. Luego empieza a salir humo negro entre ellos.) Habrá oro para todos. Yo sabía que el aire me daría otro elemento.

(Se oscurece el plano.)

Alfonso

Déjame aclararte que aunque tú digas que me contradigo, desde trabajar allí. Allí también hay que hacer, pero de otra manera. Sin embargo. (Viene hacia la mesa mostrando tristeza.) tú no debieras. Traicionarías a Hiram y a todos los pescadores. Sería un golpe desastroso para él. ¡Tu mejor amigo! Él, que ha sido tantas veces traicionado. Y ahí me cuento yo porque juntos vivimos a diario lo horrible de la traición.

(La cocina-comedor queda a oscuras. Aparecen, en el plano superior al escenario, dos hombres con túnicas blancas, pero distintas a las de otras escenas. Uno está descalzo. El otro carga una espada.)

El que está descalzo

Tú, que has cortado orejas por mi causa, me venderás porque naciste para ello. (El ~~de~~ la espada baja la cabeza.) No sería necesario que el gallo cante. Pero antes que cante 1940 veces, se cumplirá lo que digo. Desde hoy no estarás más conmigo en el paraíso.

El de la espada

(Se arrodilla y le besa la túnica.) ¡No, no! ¡Yo te seguiré siempre! ¡Si tú te vas, yo me quedo!

(Se oscurece el plano. Vuelve la luz normal a la cocina-comedor.)

Pedro

Pero comprende, Alfonso, (Este se sienta en el extremo opuesto a su padre.) yo tengo que buscar un cambio, el progreso... Un cambio que será para tu beneficio y el del nono y el de Mariano...

Alfonso

Sí, ya sé que un hombre con familia debe tener su propia casa. Pero no creo que el progreso se valore en la forma que tú lo haces. Ahora sí que te has arramado de verdad.

Pedro

Eso es lo malo de ustedes. Quieren que uno vea sus puntos y después no quieren aceptar los de uno. Siempre vienen con el norte encima.

Alfonso

Lo malo está en ustedes. ¿Quién va a aceptar puntos de mentes confundidas, equivocadas o miedosas? El hecho de que tú aceptes un punto mío no quiere decir que yo tenga que aceptar el tuyo. ¿Y si el tuyo no sirve?

Pedro

Yo no creo que no sirva. Me han ofrecido trabajo por cinco años. Son casi cien pesos a la semana. ¿Es ése un punto que no sirve? Y tú sabes que en la pesca no paso de cuarenta. También es seguro que en toda esta costa se siga trabajando y tendré trabajo hasta que me muera.

Alfonso

Oye viejo, y persona que te lo diga, ¡qué mucho has cambiado! (Se pone de pie.) ¿Cómo hablas ahora de esta costa? Dime una cosa, ¿ya no te importa que muchos de esta costa, muchos como tú, sufran? ¡Dímelo, viejo! ¿Ya para ti se acabó el sufrimiento que compartías con madres y niños? ¿No te acuerdas ya cuando impedías en mí y en

todos los niños del barrio el sufrimiento por un juguete? (Pedro baja la cabeza y habla como 17 años atrás.)

Pedro

Toma, nene, esta gruita y este trocito (Hechos de madera.) para que juegues con tus amiguitos.

Alfonso

(~~Se acerca~~ Se acerca a la ventana. Mira a su padre.) Y aquella gruita era nuestra, ¿te acuerdas? Un juguete hecho por ti. Y tú querías lo que aquel juguete representaba. Entonces los niños tenían menos sufrimientos. (Actúa ahora como un niño.) ¡Don Pedro! ¡Don Pedro! ¡Hágame a mí un trocito de éses, que papi no sabe! (Vuelve a su voz natural.) Accedías a todo. Luego fueron las yelitas para muchos niños. No dejabas a nadie solo con el sufrimiento. Pero ahora, ahora piensas dejar solos a Don Hiram y los demás.

Pedro

Le buscaré un puestecito. Hay trabajo para miles. Recuerda que con conexiones, y demostrando que me fajo, puedo llegar a "foreman".

Alfonso

Ojalá que no te caigas *de* tan alto. Por mi parte te digo que si trabajo allí, no abandonaré a los que tú abandonas ni iré allí tampoco a coquetearle a nadie. (Entra Doña Consuelo.)

Doña Consuelo

Por favor, dejen eso ya. (Se dirige a Pedro.) ¿Vas a comer ahora, Pedro? (Alfonso mira hacia el mar.)

Pedro

Sí, mientras espero a Hiram. Yo me imagino lo que quiere decirme, pero tengo una buena noticia para él. Y para ti también. Tengo un trabajo de cien pesos a la semana y lo conseguiré uno.

Dofia Consuelo

(Le sirve vianda con pescado.) ¡Qué buena noticia! ¡Gracias a Dios! (Eufórica.) Ahora podemos salir de deudas. Tendremos mejor las cosas.

Pedro

Podrías ir tranquila a la mueblería...

Dofia Consuelo

¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! (Hace una pausa y se dispone a salir.) Si me necesitas, me llamas. (Sale.)

Pedro

¿Sigues pensando en lo mismo, Alfonso? (Este no le contesta. Pasan unos segundos y entra Hiram.)

Hiram

¡Por fin te encuentro, Ventana! (Alfonso deja de mirar hacia el mar. Cuando Hiram lo ve, se olvida de Pedro y sigue hasta la ventana.) ¿No te has enterado? (Lo dice con euforia.)

Alfonso

¿De qué, Hiram?

Hiram

¡Lo indultaron, Alfonso! ¡Lo indultaron! (Se abrazan.)

Alfonso

(Eufórico) ¡Por fin! ¡Por fin! (De momento se pone triste.) Aunque ya los amigos de la paz y la tranquilidad lo han matado. (Mira a Pedro.)

Pedro

¿Y qué querían ustedes? Mucho hicieron por él: médicos, hospital, medicinas... Un enemigo así de la paz y el orden...

Hiram

(Indignado.) No hables así. No sabes lo que dices. (Intenta ir adonde está Pedro, pero Alfonso lo detiene.)

Pedro

No tienes que reaccionar así. (Se dirige ahora a ambos.) Perdóneme. Sé que no es el momento.

Alfonso

Hiram, mañana mismo iremos a verlo. Voy a invitar a los muchachos. (Sale.)

Pedro

(Continúa contando.) ¿Qué querías decirme, Hiram?

Hiram

(Indignado.) Sería mejor no decirte nada. A veces pienso que no mereces ni que te hablen.

Pedro

Pero cálmate. Perdóname de nuevo. Tengo una buena noticia para ti.

Hiram

(Se queda pensativo, aunque ya más sosegado.) Corremos peligro y... (Lo interrumpe Pedro.)

Pedro

Ya sé a lo que te refieres. (Hiram lo mira.) Pero a nosotros no nos podrán hacer nada porque ya no será necesario ir mar afuera.

Deja la pesca, Hiram. (Bufórico.) Te conseguiré un trabajo conmigo. (Hiram agarra la ventana fuertemente.) Tendremos mejores sueldos. Síntate. Comamos, brindemos por el triunfo. No más sufrimientos por falta de chavos...

(Hiram permanece en actitud pensativa acerca de la ventana, mirando hacia el mar. Ahora se ilumina el plano superior al escenario. La cocina-comedor seguirá con las normal. Aparecen varios hombres con taparrabos en el plano, entre ellos, Alfonso. Están arrodillados y frotan pedazos de madera. Se oyen ruidos de animales prehistóricos. Hablan.)

Primer hombre

Tendremos un nuevo elemento.

Segundo hombre

Sí, antes que nos devoren. (Se oyen intensamente los animales prehistóricos.)

(En este momento entra un golpeazo de agua sucia por la ventana que cae en la mesa. Hiram se vira hacia Pedro.)

Pedro

¿Qué te pasa, Hiram? ¿No te alegras por lo que te dije?

(Hiram avanza hacia la mesa. Enuncia una mano en el agua. Con ella misma coge un pescado del plato de Pedro. Los hombres con taparrabos se van levantando mientras frotan los pedazos de madera. El telón empieza a bajar

lentaente. Surge el fuego en las manos
de Alfonso. Al mismo tiempo, Hiran se
dirige a Pedro.)

Hiran

(Agitando la mano donde tiene el pescado.) Yo no te acompaño esta vez.
En el mar esperaré solo lo que tus tubos digestivos mandarán por los tubos de
tu nuevo sentimiento.

Acto Tercero

Un juego de comedor y una estufa son el único cambio. Al subir el telón, una luz tenue penetra en la celda donde se observa a Alfonso en una actitud ^{intensamente} reflexiva. Transcurren unos 15 segundos y ~~esta~~ ^{esta} queda a oscuras. La luz normal va a la cocina-comedor. Hiram está situado frente a la ventana mirando hacia el mar. Pedro toma café en la mesa. Es de noche.

Pedro

¿Conque piensas salir esta noche, Hiram? Fíjate, si quisieras, no estarías tan preocupado. Pero no has querido hacerme caso. Ahora mismo podríamos irnos a jugar un dominó o veríamos televisión tranquilamente. Y sin pensar ya ^{en} el mar de fondo, en las embarcaciones que hacen agua, en que se dañe el motor o en que el chinchorro y el filete nos los resendaron...

Hiram

Y también en la gente que no quiere acompañarme, en lo poco que se coge y en los precios de afrentaos que nos pagan. (Cambia de posición y mira a Pedro.) Pero no haré caso té que si tiraste la toalla.

Una vez hui de la montaña porque la montaña era un cadáver y vine a parar a aquí cuando este tenía vida. Pude haberme quedado allí hablando con la gente,

(Se ilumina el plano superior al escenario. La cocina-comedor continuará con luz normal. Aparecen tres o cuatro jóvenes en el plano. Hay uno que se dirige a los demás aparentando ser el líder.)

El líder

Nos quieren ocultar la historia. No quieren que recordemos. Es deber de todos nosotros encontrarla y conocerla.

Hiran

...sacándole de la mente los prejuicios del 50,

El líder

Había que hacerlo. Estaba de por medio el honor del pueblo. Nos rodeaba la muerte.

Hiran

...diciéndole a los que empezaban a ser hombres que en aquel momento no había terminado el sacrificio,

Voz del líder

Es de ustedes volver a pisar el Mismo Camino. No debe morir el mismo sentimiento.

Primer joven

¡Tiene que llegar la hora del Mismo Grito!

Segundo joven

¡La palma tendrá nuevos rotos!

(El plano se oscurece.)

Hiram

...Reconozco que cometí un acto de cobardía... (Vuelve a mirar hacia el mar.)

Pedro

Pero aquí es distinto. En la montaña no podías cambiar. Aquí puedes y no quiero decir que te vayas ^{de} la Playa. Basta con cambiar de trabajo. Te repito que te conseguiré algo.

Hiram

(Vuelve a mirarlo.) Y yo me he cansado de repetirte que no quiero. Goza tú de las ventajas de 100 pesos a la semana, que yo haré malabares con cuarenta. Así siento dignidad y vergüenza. Así me siento grande como cuando salí de mi casa aquella tarde de honra y venganza...

(La luz normal se proyecta hacia el plano superior al escenario. Queda a oscuras la cocina-comedor. Aparecen una señora como de 50 años y un joven como de 30.)

El joven

Es mi deber, vieja. Yo regresaré, no se apure.

La señora

(Angustiada.) Pero te pueden matar y qué va a ser de mí. Eres lo único que me queda. Ya he sufrido mucho desde aquel Domingo de Rancos.

El joven

Yo vengaré aquel domingo. O cualquiera de nosotros. Adiós, vieja.

(Coge un saco. Se abrazan. Sale mientras ella se lo queda mirando.)

(El plano se oscurece. Retorna la luz normal a la cocina-comedor.)

Pedro

¿Y acaso yo no tengo todo eso ~~porque~~ ^{porque} ya no peleo contigo? Yo lo que quiero es vivir mis últimos años tranquilo y sin preocupaciones. He trabajado muy duro en esta vida. Quiero descansar ahora. Además, yo pienso en el futuro... De aquí a unos meses se dirá, Hiram. *Fíjate*, si no hubiera sido por el nuevo trabajo, a lo mejor Alfonso no se hubiera graduado... él, que tanto critica...

Hiram

Tiene mucha razón cuando critica. Lo que pasa es que ni él ni yo nos seguimos...

(Se oyen voces fuera del escenario.)

Voz Primera

Son cinco años. Más hospitales, más escuelas...

Voz Segunda

Más carreteras. Y estarán más suaves, sin matarse mucho.

Hiram

...Ojalá yo viviera mucho tiempo para ver ese futuro. Y decirte después...; no decirte, porque tú mismo te *darás* cuenta.

Pedro

No, Hiram. A lo mejor el que está ciego eres tú. Los fracasos te han puesto pesimista y te crees que todo es la montaña o la mar. No hay nada de falso en lo que nos han prometido. *Ve un día por allí y pregunta.*

(En este momento se ilumina el plano superior al escenario. Aparecen dos hombres vestidos con ropa de trabajo. La cocina-comedor ^{de} oscurecerá luego que Hiram hable.)

Hiram

No hace falta ir a allí para saber...

Primer hombre

He pedido comprarme un carrito y un televisor que me hacían falta.

Segundo hombre

Tienes suerte por ahora. Ojalá que de aquí a unos meses no te vea suplicando y lamentándote porque te quitaran el carro.

Primer hombre

Ellos me han prometido...

Segundo hombre

(Lo interrumpe.) Eso no tiene nada que ver. Allí yo seguía igual con todo y promesa.

(Baja un poco la luz en el plano. Entra el hombre de la túnica blanca. Los otros dos actúan como los arrodillados de los actos anteriores.)

El ^{de} la túnica

Casi he terminado la encomienda que me diera el Señor. Otros pueblos reclaman que abra los mares para salvarlos del hambre. Pronto tendré que marcharme. Pero he de estar algún tiempo más con vosotros.

(El plano y los tanques y tubos se oscurecen. La luz normal vuelve a la cocina-comedor.)

Hiram

...Yo sé bien cuál es su dolor, aunque muchos no se den cuenta.

Pedro

¿Dolor de qué? Tú y Alfonso son los únicos que creen eso.

Hiram

El tiempo dirá. No son cinco años como tú dices. Como *tampoco* hasta que te sueras. Ya verás dentro de un año, cuando todo sea palancas y botones, lo que les va a pasar... (Entra Alfonso y lo interrumpe.)

Alfonso

(Dirigiéndose a Hiram.) Todos los días le digo lo mismo allá arriba donde también, como mar afuera, hay que amarrarse los calzones con tanta viga y cemento esperando abajo una cabeza. Ayer mismo se cayó uno y a él no pareció impresionarle. (Pedro mira a Alfonso como buscando una palabra más, algo asombrado. Alfonso permanece de pie, cerca de la mesa.)

Hiram

(Dirigiéndose a Pedro) ¿Cómo es posible, Ventana? ¿No puedo creerlo? ¿Hasta los sentimientos has perdido? ¿En qué mundo estamos viviendo? La muerte dondequiera es la muerte. Recuerda cómo te pusiste cuando Rafael se puso la yola de marullo. *av*

(Ahora Hiram empieza a actuar como si estuviera ahogándose y luchando desesperadamente por encontrar aire. Caen al piso y en ese preciso momento se ilumina

el plano superior al escenario *simulando* la noche. Aparecen dos pescadores, uno acostado y el otro arrodillado ante él. El segundo trata de darle aire.)

Alfonso

Y aquel cuerpo dando barquinazos sobre tubos y vigas...

Pedro

(Parece divagar arrodillado frente a Hiram.) Rafael bajo la yola y los pulmones reventando. La mar revolotea y aquel maldito peje...

Alfonso

Los sesos saltaron al primer golpe...

Pedro

El cuerpo sobre la yola y nada... El cuerpo sobre la arena y nada...

Alfonso

El cuerpo dando barquinazos contra todo...

Pedro

Y lo cargamos todos nosotros con el corazón destrozado...

(Pedro trata de levantar a Hiram. Ahora la cocina-comedor se oscurece. En el plano, el pescador empieza a levantar al que está acostado. Inmediatamente la luz se extingue mientras la cocina-comedor la recobra. Hiram vuelve a su posición original. Pedro ya no divaga. Está sentado.)

Alfonso

Cuando lo fuimos a levantar, se nos quedaron sus cueros entre los dedos. Vigas y tubos en el remolino de la última promesa. Y mi padre, Hiran, no pareció impresionarse tan siquiera.

Pedro

No es así, Alfonso. Al contrario, me impresionó tanto que me quedé frío, quieto, sin poderme mover. Yo lo sentí como los demás. A lo mejor hasta más que ustedes porque yo he vivido eso.

Alfonso

Sí, para que tú veas. Allí y en la mar la muerte acortala a uno: es la misma. No hay menos peligro ni es más suave.

Hiran

Hay peligro dondequiera. De aquí a unos meses tendré que venir a verlos a la casa con una de esas enfermedades incurables en la piel o en los pulmones.

Alfonso

Pero a mí me quedará una satisfacción. Porque día a día intento convencer a mi gente de lo que significan y significarán las promesas. Muchos ya han captado, pero otros, al oír a mi padre combatiéndome, lo toman muy en cuenta. Como si no entendieran que es posible que dos seres humanos de la misma sangre tengan opiniones diferentes.

Pedro

Tú parece que desees que volvamos a los tiempos de antes en que uno se alumbraba con velas. ¿Qué quieres?, si opinara igual que tú,

ya me habrían dicho: "Lo sentimos mucho, pero no lo necesitamos". Como pronto te lo dirán a ti si sigues pa arriba y pa abajo con Animundo convenciendo gente. Tí, que hablas de sentimientos a cada rato, ¿no crees que así harán con muchos padres de familia si se ponen en contra de la corriente? ¿No te da pena con esos padres y su cuadro de hijos? ¿Y que sea por tu culpa?

Alfonso

No va a ser por mi culpa pues yo no les ponga un cuchillo en el pecho. Es necesario que aprendan a nadar en contra de la corriente. Porque nosotros no somos camarones dormidos. Y a mí, viejo, no me importa si me dicen "lo sentimos mucho". Buscaría otro trabajo.

Pedro

Para lo mismo...

(Se ilumina el plano superior al escenario donde se ven dos hombres, uno bien vestido y el otro con ropa de trabajo. La cocina-comedor se oscurece.)

Primer hombre

¿Usted es el mismo que repartía hojas al lado, ¿verdad?

Obrero

Sí, ¿y qué hay de malo en eso?

Primer hombre

No, nada. Es un derecho suyo. Pero lo sentimos mucho. Tenemos pérdidas y no podemos coger a nadie más.

(El plano queda a oscuras. Vuelve la luz normal a la cocina-comedor.)

...¿Es que no piensas en tu hijo y tu mujer?...

(Se oyen voces fuera del escenario.)

Voz

Padre, he ahí tu hijo. Hijo, he ahí tu padre.

Padre

¡No puedo! ¡No puedo! ¿Con qué? ¿Con qué?

Pedro

...Raimundo no te va a mantener...(Actúa como si fuera éste y Alfonso al mismo tiempo.) Iremos esta noche y decidiremos. Cuidado con esos "gangsters", Raimundo, te pueden matar. No te apures, Alfonso, hay que sacrificarse. Si me matan, otros pisarán el Mismo Camino. Comoquiera que sea, ¡cuidate! Ellos saben que no te vas a vender como el otro. (Vuelve a su voz natural.)...A Raimundo si lo botan, el pai tiene con qué, pero yo...

Hiram

Siempre con tus miedos, Ventana. Sería preferible que le hubieras tenido miedo a la furia del mar y no a la furia de la redención.

Alfonso

(Yendo hacia la ventana) Sí, el que habla de mis sentimientos hacia los padres de familia y no se da cuenta que a él lo está matando el sentimiento del miedo. (Dirigiéndose a Pedro.) Esos padres de familia que tú dices, necesitan que se les ayude, pero de otra forma. Mira a ver qué hicieron ustedes por 100 padres de familia la semana pasada. ¡Nada! Si todos hicieran lo que Raimundo y yo decimos, los abusos se reducirían. Ahora digo yo, ¿no es mejor fajarse que quedarse callado sintiendo dientes esbaratándole la conciencia? Por lo menos hablando

son más las posibilidades de que algún día esas bocas hambrientas digan: (Actúa como un obrero.) "Mi padre no se vendió. Eso es sentimiento; lo demás, miedo."

Hiram

Si, Ventana. Recuerde cómo antes nos fajábamos juntos para exigir que nos pagaran, no justamente, pero más o menos bien. Entonces eras patrón más allá del chinchorro y del filete.

Pedro

Pero nadie podía botarnos...

Alfonso

Pero podían dejarnos de comprar. ¿No es lo mismo?...

(Se ilumina el plano superior al escenario. Aparecen varios pescadores hablando con un comerciante. La cocina-comedor queda a oscuras.)

Primer pescador

Yo se los doy más baratos. Comprémoslos a mí, que mis hijos necesitan.

Segundo pescador

No, el precio no va a cambiar. ¿Cuántas libras quiero?

Comerciante

Es mi último precio. ¿Quiéren o no?

Tercer pescador

(Dirigiéndose a sus compañeros.) Mejor los subamos al mar, muchachos.

Comerciante

Es que estamos teniendo pérdidas. Ya la gente casi ni los quiere. ■

(El plano se oscurece. Retorna la luz normal a la cocina-comedor. Los tanques y tubos también se iluminan.)

Alfonso

...Y recuerda una cosa, viejo, Raimundo no se va a vender como aquel otro que tú defendías. (Pedro baja la cabeza.)

Hiron

Ventana, debes seguir nuestros consejos. Sería la mejor manera de revivir el espíritu de sacrificio del siglo *pasado* cuando estos mares se ufanaban de que hubiera un defensor de ellos y los pobres.

(La luz se extingue en la cocina-comedor. El plano superior al escenario se ilumina. Es de noche. Aparece un hombre con vestimenta de pirata al frente de varios hombres y mujeres arrodillados. Mientras el pirata habla, se van levantando. También se oír una voz fuera del plano.)

El pirata

He venido a cerrar estos mares con mis barcos. Esperaremos hoy a acabar con la injusticia y el atropello. Ningún barco llegará a estas orillas. El que lo intente perderá todo y se lo entregará a ustedes. Estos mares han de ser tranquilos y sus aguas siempre vedadas. Yo lo aseguro.

Voz primera

¡Será nuestra la playa! No iremos lejos a buscar el pan.

Voz segunda

Lo ayudaremos a cuidarla .

Voz fuera del plano

Hay que eliminarlo. Nos *está* haciendo daño.

(Se extingue la luz en el plano. La cocina-comedor la recobra.)

Alfonso

Y todas las manos se extendían (Las extiende.) para recibir la felicidad que otros anhelaban quitarle. Ahora necesitamos que ese tiempo de barcos por lo nuestro quemé este tiempo de mares abiertos. (Se proyecta una parte de una película donde se ven barcos ardiendo.) Será el rescate esperado. Por eso, viejo, si seguimos la fe de Raimundo, ayudaremos a quemar estos barcos que ahora nos matan el aire, el antebrazo, las orillas, la mente y la vida toda.

(Los tanques y tubos se oscurecen.)

Hiram

Sí, Alfonso. (Va hasta la ventana y mira hacia el mar.) Tenemos que buscar ese espíritu. A veces, en noches de fatiga mar afuera, cuando no es nada, allá en la gota de *espuma* más lejana, he creído ver, así como cuenta la gente, la caja que él dejara suarrada con cadenas... Pero en vez de la marea alta ocultarla, he creído ver a toda la gente con las manos repletas de sus tesoros...

Pedro

¿Tú también, Hiram? ¿Tú también con poesía? No es con eso que van a convencer.

Hiram

(Mira a Pedro.) No me hagas reír, Pedro. Bastantes cosas que no tienen nada que ver con poesía hemos dicho en esta vida para convencer.

Como no encuentras nada que decir, te justificas con que lo nuestro es sólo poesía.

Alfonso

Y él no sabe que la poesía es la realidad de los muchos y se hace y se dice por los muchos...

(Se oscurece la cocina-comedor. El plano superior al escenario se ilumina. En él un joven leyéndoles unos versos a varias personas. Leerá la primera parte del poema de José Manuel Torres Santiago, "Isla del Alma, atormentada doncella". Mientras lo hace, se oirán truenos y música de contenido exaltado. También volverá a proyectarse la parte de la película en la que se *queman* unos barcos.)

Joven

Fue el origen...
 Se hizo luz, vino el fuego.
 Alas al viento tabletearon...
 Empezó la semilla.
 Botón.
 Nada. Nada era todo.
 Y la nada fue haciéndose.
 Surgieron mares.
 Hubo trombas, tormentades,
 temblores, truenos...
 El botón despertaba.
 Un día sin tiempo: ¡Isla!
 De su tierra unos hombres broncíneos
 vivieron desnudamente la maravilla
 del bosque y el río...

Un día los barcos.
En otro los cañones.
Hasta que la tierra
quedó convertida
esperando sangre.

(El plano queda a oscuras. La luz normal vuelve a la cocina-comedor.)

Alfonso

...Por dondequiera que se justifique, ¡pierde!

Hiram

Va a tener que aprender que la poesía es de todos y que se faja como cualquier otra persona.

Pedro

Me voy, me voy. No aguanto que sean dos locos en vez de uno. (Sale.)

Alfonso

(Se sienta ahora.) ¿Ya ves, Hiram? He ahí el reflejo del miedo. Ahí paran todos cuando no tienen nada que decir: o se van u ofenden.

Hiram

Como es tu padre, se va. Si fuera otro, te ofendía. Pero es mejor que se haya ido. Más temprano nos iremos y con más calma se preparará la casa. ¿No crees?

Alfonso

Sí, la noche impone su alianza. ¿Trajiste lo que te dije?

Hiram

Sí, lo dejé escondido afuera.

Alfonso

Vamos. Reivindiquemos a tantos sin techo, sin mar, sin playa, sin mente... Aunque no lo entiendan todavía.

Hiram

Algún día entenderán que por ellos hay sacrificados. Entonces la historia hará justicia.

(Salen y mientras se oscurece la cocina-comedor, el plano superior al escenario se va iluminando. Aparecen el pirata y algunos pescadores. Todos permanecen de pie. Es de noche.)

El Pirata

Es necesario el sacrificio para lavar las llagas de las rodillas.

Primer pescador

Usted nos ha traído la fe. Usted nos ha dado ánimo para seguir luchando.

Segundo pescador

Usted le ha quitado a otros para darnos a nosotros.

Tercer pescador

Seremos amigos del fuego. El fuego caminará sediento sobre las olas.

El Pirata

(Señalando hacia afuera.) Haremos el fuego para esos barcos. (Se oye una explosión.)

(Salen. El plano se oscurece. Ahora los tanques y tubos se iluminan por un momento.)

Han sufrido alguna destrucción. Luego la luz normal va a la celda. Por unos segundos se observa a Alfonso en actitud reflexiva, sentado. Aparece entonces un guardia de la cárcel y abre la celda.)

Guardia

Su esposa ha venido a verlo.

(Alfonso se sienta fuera de la celda. Aparenta ser el salón de las visitas. El guardia permanecerá a una distancia prudente. Entra Mariana. Alfonso se pone de pie y se abrazan efusivamente.)

Alfonso

¿Y el nene?

Mariana

Tiene catarro y lo dejé con mami.

Alfonso

¿Y los viejos e Hiram, cómo están?

Mariana

Don Pedro está haciendo gestiones para la fianza y a Don Hiram no le han permitido entrar... Y a Doña Consuelo... (Hace una pausa. Baja la cabeza.)

Alfonso

(Cogiéndola por los hombros.) ¿Qué le pasó? ¿Qué le pasó? No me digas que...

Mariana

Sí, se enteró por la radio y ahí mismo le dio un ataque. Desde ayer está en el hospital.

Alfonso

Pobre vieja. Hace años que vive en una cárcel. Más todavía: desde que nació. De ahí la mandarán a la tumba y hasta el día de su muerte creerá que yo he sido el culpable. Nunca creerá que son otros los que le quitan la vida.

Mariana

(Algo nostálgica.) Ahora que dices eso, ¿ya te enteraste que...?

Alfonso

(Baja la cabeza.) Sí. Ha sido un golpe terrible para mí. Aunque me tienen aislado, me enteré por algunas voces indignadas que atravesaron estas paredes. Debes imaginarte cómo me siento. Recordar el abrazo y el estrechón de manos aquel día del indulto y ahora este golpe...

(Se oye una voz de hombre fuera del escenario.)

Voz

Puede entrar. Está con su esposa.

Mariana

Debe ser Don Pedro. Me voy porque imagino su sermón. Perdóname el tan poco tiempo, pero sabes cómo los sermones me ponen. Ojalá que mañana ya estés con nosotros.

Alfonso

Es verdad. Te comprendo. (Se abrazan. Sale Mariana. Alfonso camina unos segundos.)

[Redacted]

¡Hijos de la gran puta! ¡Como abusan de los débiles y de los ignorantes! También *matarán* a la vieja.

(Entra Pedro.)

Alfonso

¿Cómo sigue mamá?

Pedro

Mariana ya debe habértelo dicho. ¿No te acuerdas la conciencia? Por tus locas casi está al borde de la muerte. Tú la estás matando.

Alfonso

¿A qué vienes, papi? ¿A darme el sermón de siempre?

Pedro

¿Por qué no? Soy tu padre comoquiera que sea, aunque ya seas hombre. ¿Se duele que te diga la verdad? (Se sienta.)

Alfonso

(Indignado.) ¡Falso, viejo! ¡Falso! Son los mismos que me tienen aquí los que la están matando. Si que es el miedo y la confusión que ellos tú mismo le han metido en la mente...

(En este momento se ilumina el plano superior al ^{escenario} ~~escenario~~. Aparece Doña Consuelo denotando en su actitud una enfermedad. Le preguntaré algunas cosas a Pedro quien parece divagar. Alfonso continúa hablando.)

Doña Consuelo

¿Cuándo me vas a llevar al especialista?

Pedro

No sé, Consuelo.

Alfonso

...Es la angustia de no tener siempre seguras tres buenas conidas como la tienen unos poco, ~~como~~

Dona Consuelo

¿No sabes si piensan remediarles la falta de pesca?

Pedro

No sé, Consuelo.

Alfonso

...de verte a ti mirando la lejanía del mar en la búsqueda de una esperanza que no llega...

Dona Consuelo

¿Sabes que mis sobrinas están ahora de bar en bar?

Pedro

No sé, Consuelo.

(El piano queda a oscuras.)

Alfonso

...Eso es lo que le está matando y no se da cuenta. Y así te pasará a ti y tampoco no te darás cuenta. Estás ciego con tu chinchorro de palmas y botones y tu filete de llaves y relojes.

Pedro

Tienes mucha razón en muchas cosas, pero todo eso se hubiera acabado tú y yo trabajando. (Baja la voz ahora.) ¿Qué has sacado con lo que hiciste? Dime, ¿qué has hecho? Tú en la cárcel, yo sin trabajo y Consuelo en el hospital.

Alfonso

¿Se botaron también? Más a mi favor. (Baja la voz ahora.) Tú no has tenido nada que ver con lo que hicieron y te han botado. Y ve acostumbrándote a no culparme de algo que no sabes quién lo hizo.

Pedro

(Baja la voz.) ¿Y quién lo hizo? Por algo se botaron a mí.

Alfonso

No importa quién lo hizo. Lo que importa es que tú lo eres fiel a ellos y mira...; lo hacen con cualquiera. Porque los da lo mismo que haya mesas sin comida como también que ustedes se sienten a la orilla de la playa a mirar la distancia y pasar horas y horas sin dar un tajo. Recuerda cómo hace unas semanas decían que no había materiales para luego...

Pedro

(Lo interrumpe.) Ayer nos dijeron que se había acabado todo...

(Se oscurece el lugar frente a la celda. El plano superior al escenario se ilumina. En él unos hombres arrodillados frente al de la túnica blanca. Se oye una música mortuoria.)

El de la túnica

Al fin he terminado con mi encomienda. Espero que la nueva siembra que ordenara el Señor haya dado buen fruto. Tengo que partir, pero aquí quedará mi huella. Volveré más tarde. Es que ahora otros pueblos requieren que abra sus mares para salvarlos. Ya aquí el tablero de botones se dispone a cumplir su encargo.

Primer hombre

¡Quédese, quedese! ¡Esto ya es de usted!

Segundo hombre

¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Eran cinco años y después toda la vida!

El de la túnica

No teman. Volveré.

Tercer hombre

(De pie) ↓
 ¡Qué se largue! ¡Sólo ha traído muerte! ¡Sólo ha traído muerte!
 (El plano se oscurece. Vuelve la luz normal al lugar frente a la celda.)

Pedro

...y no podrán pagarle a la gente sin hacer nada.

Alfonso

Entonces (Baja la voz) no te han botado porque crean que fui yo. Más a mi favor, viejo. Date cuenta: es porque las palancas y los botones empiezan a funcionar.

(Los tanques y tubos, reparados, adquieren iluminación intensa. Se oyen voces fuera del escenario.)

Voz primera

Solicitan, solicitan. Traigan cartas. Hay para cinco años.

Voz segunda

Necesitan mucha gente. Solicitan. Pero no se le pongan en contra después.

Pedro

Yo les he sido fiel. Ha sido por tu culpa. (Dice este último en voz baja.) Después de tanto sacrificarme *para* ti. ¿Eso era lo que me ibas a ayudar cuando acabaras la Universidad? Cuatro años de estudios, cuatro meses sin trabajo y a los dos meses en la cárcel. Si sientes lo que siento, llévale en el corazón como otros. Hay que estar callado. Primero es el trabajo, la mujer y los hijos...

Alfonso

Magnífica defensa haces tú del sentimiento. *Así me* das más la razón. Si cada uno de los que sienten como yo hacen como tú dices porque el padre pierde el trabajo o ~~la madre~~ la madre llora y no comprende, o no quiere comprender o no quieren que comprenda, y sufre y dice que se muere, entonces ellos se comen el mundo y ay de los muchos cargando lentamente su propia muerte... (Se oyen voces fuera del escenario.)

Voz primera

Ahora no puedo. Tengo que callarme. Estoy pendiente a un trabajo.

Voz segunda

Ahora no me conviene. Además, tengo cinco hijos.

Alfonso

...Tenemos que sacrificarnos, viejo. ¡Qué bonito es eso de "los míos se callan" y otros gozando con esa actitud! Si todos sintieran el sentimiento sin manifestarlo, el mundo nos aplastaba y no se podría salvar. Tenemos que sacrificarnos. Ese es el precio.

Pedro

Sí, como lo hizo tu líder. Se sacrificó y mira el precio: muerte. Un hombre que con su inteligencia pudo llegar a ser algo que le dejara chavos. El que se mete a redentor sale crucificado. Tantos años en la cárcel, *¿para qué?* Muerte que la enfermedad lo sacó de allí.

(Se ilumina el plano superior al escenario en el que se observa un cuarto. En la puerta, al frente, hay dos hombres vestidos con traje. Empiezan a llegar gente frente al cuarto. Alfonso y Pedro continuarán hablando.)

Alfonso

No, papi, no. *Fue* es falso. Allí lo acabaron de matar. Aquel cuarto era otra cárcel con dos hombres velándolo frente a la puerta. Todavía lo tenían miedo. Y con el alma destrozada yo palpé la muerte que se le empezaba a llevar.

(En este momento, en el plano, los dos hombres abren la puerta. Entran varias personas. En la cama hay un anciano trigüeño, de pelo blanco, bigote gris-blanco, acostado y mirando a la gente que entra.)

Alfonso

Y lo que más me partió el alma, viejo, fue darle la mano (Se pone de pie y le da la mano derecha a su padre.) y abrazarme con él... (Abraza a Pedro. Mientras tanto, en el plano, la gente va acercándose a la cama y hace lo mismo que ha dicho Alfonso. Se oye una música alegre y también mortuoria.) y oír aquel alarido por la alegría de ver nuevamente a su pueblo. Pero oír un alarido de aquella garganta (Ahora uno se abraza con el anciano y le da la mano derecha a su mano derecha. El anciano intenta hablar. *Se* oye entonces el alarido. Luego *sonríe.*) que había sido litigio

contra los poderes y esperanzas de los oprimidos; (Se oye el principio del discurso del 23 de septiembre de 1950 en Laros.) aquello sí que me dolió muy adentro. Le habían matado la palabra porque sabían que en ella estaba la salvación de los muchos. ¿Quiéres más tortura y muerte que ésa? No es como tú dices que se repuso en el hospital. Aquello era un cuarto-cárcel. ^{¿9} ¿Qué más muerte que ésa? Lo conocí cuando ya lo habían matado. Aquello era un cuarto-cárcel.

(Alfonso baja la cabeza, solloza y cierra sus puños fuertemente como si agarrara una ventana. En el cuarto la gente empieza a salir. Los dos hombres cierran la puerta. Había otras personas esperando. Estas protestan.)

Uno de los que protesta

Por favor, que venimos de muy lejos.

Uno de los hombres frente a la puerta

Los médicos lo van a atender ahora. (Sonríe irónicamente.)
Mañana lo besan y lo abrazan.

El otro frente a la puerta

bastante dinero le ha costado al pueblo un enemigo así de la paz y la tranquilidad que ahora él disfruta.

Otro de los que protesta

Ahora lo que disfruta, y con valor, es la muerte que ustedes le han dado.

(El plano se oscurece. Alfonso aún mantiene la cabeza baja, aunque ha dejado de sollozar. Su padre lo observa. En este momento se oye una voz fuera del escenario.)

Vos

Se acabó el tiempo para las visitas. (Alfonso levanta la cabeza.)

Pedro

Me voy. No te preocupes. Los fiadores me han *p*rometido que pronto estarán fuera.

Alfonso

Cuida bien a la vieja. (Sale Pedro.)

(Se oscurece el lugar frente a la celda. Una *luz* tenue irá ahora a la cocina-comedor. Alfonso y Pedro se encuentran cerca de la ventana. Mariana está sentada junto a la mesa. Es de noche.)

Mariana

No sé, ahora como que hay una soledad infinita en todos los rincones de la *casa*.

Pedro

(Mira hacia el mar.) Y yo me siento más solo todavía *mar* afuera. (Lo dice con nostalgia.) *Mar* afuera es que siento todo eso que tú dices, Mariana. Y allí me he bebido las lágrimas.

Alfonso

Sí, son muchas las almas como que desde ayer domingo para acá se han quedado solas o han perdido su agarre. Otras como que han visto una nueva luz. Y es que allí no había por qué llorar. Sólo había odio y coraje. (Mira hacia el mar y parece divagar.) Erán las seis de la tarde y el sol se iba de manera distinta. Yo volví a mirarlo. Sobraron los brazos para las *palas*. Todos bonaban terrones y los tiraban sobre el estadio.

(Ahora actúa como otra persona.) De ese polvo que regresa al polvo, tendré que venir todo un pueblo que haga el rescate. (Vuelve a su voz normal.) La última tierra lo cubrió cuando el sol se resistía a terminar la tarde. (Se oye "La Borinquena" en la voz del pueblo.) Y llovió entonces como nunca. (Actúa ahora como otras personas.) ¡La bendición del cielo! ¡Dios lo ha premiado! ¡No era ningún asesino! (Otra "La Borinquena".)

Pedro

Así también llovió a cántaros. Era el mejor homenaje de Dios. Si hubiéramos visto cómo se pusieron negras las olas a lo lejos.

Mariana

Fue mejor así. Creo que no hubiera resistido el dolor de ver su casa desaparecida. Un día antes vino alarmado porque había visto a esa gente midiendo de nuevo estos terrenos.

Pedro

Y ya la gente se estaba organizando. Se iba a hacer lo que una vez hicimos con nuestros compradores de pescado.

Alfonso

Abandoné la catedral antes de tiempo para ser de los primeros en estar cerca de la tumba. En ese momento me había parado los pelos: se alzaban las banderas y las espadas, (Alza los brazos.) el atañí pasaba, (Se oye "Preciosa" en la voz del pueblo.) los cánticos del pueblo...

Pedro

Yo nunca me había sentido así. Ni aquella vez cuando aquel joven se cayó contra las vigas y tubos. Porque era otro momento. Y yo imaginaba lo que me iba a doler. Nunca había hecho un juramento y allí lo hice.

Empecé a ver un poco más claro ~~más claro~~ las cosas que tú me dices, Alfonso. Y también se me pararon los pelos. (Se toca los brazos. Ahora cesa "Preciosa" y se oye "La tierruca" en la voz del pueblo.)

Alfonso

Mucha gente del pueblo empezó a ver las cosas más claras. Los balcones se vaciaban en flores sobre el ataúd. Las pocas banderas que intentaron burlarse de nuestra pena fueron bajadas a desgarrones. Y el desfile crecía comandado por aquella inmensa tela roja orgullosa de su rostro. Yo miraba hacia atrás para buscar inútilmente dónde terminaba la multitud. Y quizás había gente que por años estuvo diciendo tanta barbaridad. (Actúa ahora como otras personas.) Su líder mandaba, pero no iba. El que se negara a cumplir una orden suya, lo mataban. Tiró una toalla del miedo que tenía. (Vuelve a su voz natural.) Quizás la misma gente que anteriormente lo odiaba porque a otros les convenía. (Cesa "La Tierruca".)

Mariana

Y aquella noche, Don Pedro, quería que usted fuera a la primera reunión de la gente. Fue lo más que me encargó. No quería tanques y tubos a cuenta de nuestras casas. Se fue muy preocupado.

Alfonso

(Se oye "La Borinqueña" en la voz del pueblo.) Cuando lo sacamos a la calle y empezamos a desfilar, me di cuenta que éramos muchos. Los muchos a los que él quería limpiarles las rodillas. En ese momento la esperanza empujaba el olvido de la pena. (Actúa como otra persona.) Somos muchos, 20 por cada uno de ellos. Este es el momento de pelear por ella. (Vuelve a su voz natural.) En ese momento la esperanza era todo el corazón.

(La cocina-comedor queda a oscuras. El plano superior al escenario se ilumina.)

En el centro aparece un estadio con una bandera puertorriqueña sobre él. Mientras la gente pasa frente al estadio, se oyen voces afuera. Es de día.)

Voz primera

Hoy a las 12:00 ellos comprenderán lo que es un pueblo.

Voz segunda

Mire, señor, no ofenda su memoria. Él no era hombre de tirar una toalla. Yo estuve cerca. Fue uno de los que lo acompañaban que lo hizo para evitar que allí muriera.

(Ahora una luz tenue va a la cocina-cenador. Mariana aparece sentada junto a la mesa. Entre ella y la ventana está situado Pedro mirando hacia el mar. En el plano las personas van pasando frente al estadio. Lo miran fijamente con los brazos atrás.)

Pedro

¿Y qué más dijo Hiram? (Se acerca a Mariana.)

Mariana

Que lo viera mañana bien temprano. Iba de casa con uno de los muchachos que están aprendiendo.

Pedro

Apechú como siempre. (Hace una pausa.) Pues sí, claro que lo veré. La cosa se nos ha puesto de marullo. Y volveré a Ventana. Ya no estará solo. ¡Bandidos! Me quisieron botar dos veces. Y yo que ^{me} andaba creyendo en los cinco años.

(Se oyen un oleaje fuerte y una música mortuoria. Inmediatamente entran por la ventana un golpetazo de agua sucia que cae en la mesa y el cuerpo mojado de un hombre. Pedro y Mariana corren y se arrodillan ante él.)

Mariana

(Angustiada.) ;No! No! ;Se nos fue Don Hiram, Don Pedro! ;Se nos fue! ;Ha triunfado esta ventana podrida!

Pedro

(Angustiado.) El tercero...tenía que ser Hiram. El viento nunca duerme. Y no pude acompañarlo en su última salida. Ahora me he quedado solo. (Selleza.) ;Maldito calambre!

(Se oyen voces fuera de la casa. Dan la sensación de una marcha.)

Primera voz

;Únanse todos! ;No nos dejemos pisar!

Segunda voz

;La playa es nuestra! ;La tierra es nuestra! ;No nos iremos de aquí!
;Únanse! ;Únanse!

(Pedro levanta la cabeza y se incorpora. La iluminación vuelve a ser normal mientras él se acerca a la ventana. La agarra fuertemente y mira hacia el mar. También mira a Mariana -que aún permanece arrodillada-.
■ Luego sale denotando disposición y coraje. En el plano Alfonso llega frente al ataúd. Lo observa con los brazos atrás. Transcurren unos segundos.)

Uno de los que está cerca del ataúd

Son las 2:00. ¡Vamos!

(Al mismo tiempo se oscurecen los tanques y tubos. Mariana va hasta la ventana y permanecerá allí agarrándola fuertemente, mirando hacia el mar. Alfonso y muchas personas más se disponen a levantar el ataúd. Surge la voz del pirata acompañada de una música ~~musical~~ *de triunfo.*)

Voz

Nuevamente hay manos extendidas. Haremos la quema definitiva de los barcos. La caja romperá entonces las cadenas de Ventana y todos la verán porque sus tesoros son para ustedes.

(Se echan al hombro el ataúd y caminan. *M*ientras va bajando el telón, vuelve a escucharse el discurso del 23 de septiembre de 1950 en Lares.)

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UFR-RP